

Biblioteca Films

RIVALES EN LA PISTA



UM.
510

Jeannette Ferney Albert Prejean

25
CTS.



POLIGNY, Serge de

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Calle de Valencia. 234 - Apartado Correos 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barbarrá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO IX

APARECE LOS MARTES

510

Rivaux de la Piste, 1933

RIVALES EN LA PISTA

Adaptación en forma de novela de la película del
mismo título interpretada por el actor

ALBERT PREJEAN ✓

Narraclón de HARRY BALTMORE

Producción **UFA**

EXCLUSIVAS

Alianza Cinematográfica Española

Provenza, 273 - Tel. 71662 - Barcelona

INTERPRETES

Willy Streblow ALBERT PREJEAN
Hanny Jeannette Ferney
Gina Suzette

y Raymond Aimo

ARGUMENTO DE LA PELICULA

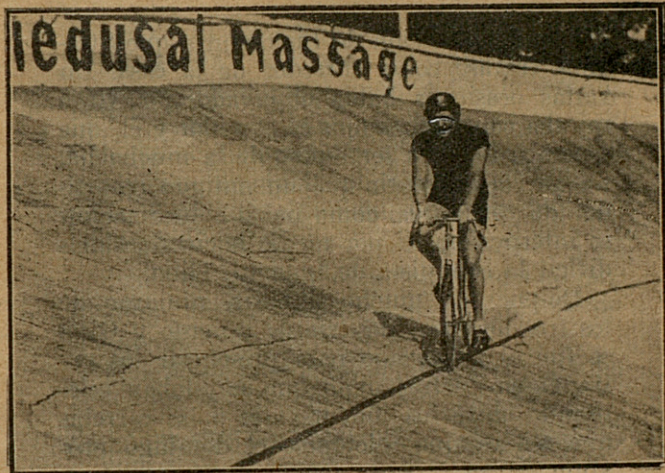


PRIMERA PARTE

En el despacho de la importante fábrica Stern, productora de bicicletas, el propietario de la misma, su socio Lissmann y la hija del primero Gina, porfiaban sobre la cuestión de contratar a uno de los corredores para que actuase en la carrera que había de celebrarse corriendo por la marca Stern.

El señor Stern, hombre ya de alguna edad, no se dejaba influenciar ni por el interés que demostraba su hija por cierto corredor, ni por la oposición que hacía él hacia su socio, hombre de mucha menos edad que él.

—Streblow promete — decía el señor Stern a su hija—pero todavía no puede reemplazar a Banz.



Seguía tras la rueda...

—Streblow — exclamó el socio—no será nunca de la casa, señorita.

—Además — volvió a decir el padre de Gina—, Streblow ha dicho cosas de estas casas que yo no puedo consentir. Ha dicho que las bicicletas Stern son una porquería.

—¡Es un hombre inaguantable! — exclamó Lissmann.

—¡Es un hombre encantador! — respondió Gina.

En aquello era precisamente en lo que es-

tribaba la oposición de Lissmann a que Streblow entrase como corredor de la casa. En varias ocasiones había observado que Gina miraba con buenos ojos al corredor y él, que esperaba llegar a ser esposo de la muchacha, no quería consentir que un antiguo repartidor de periódicos, como había sido Streblow se interpusiera de por medio haciéndole más difícil la conquista de la gentil Gina.

Después de mucho discutir, ninguno de los tres lograron ponerse de acuerdo y Gina se fué al velodromo para presenciar los entrenamientos tras moto que se estaban celebrando entre los concursantes a las carreras que tenían que celebrarse el domingo próximo.

A poco de llegar vió a Streblow que a una marcha fantástica seguía tras la rueda de la moto que lo entrenaba, sin desmayar un instante ni despegarse una sola vez. Sus piernas parecían automáticas pedaleando con furia y cuantos estaban en el velodromo al terminar la primera carrera aplaudieron entusiasmados por la actuación de Streblow. de Streblow.

Uno de los que se hallaban en la pista, encargado casi siempre de manejar el cuadro de corredores y punto dispuesto a toda clase de "combinas" se acercó a otro de los corredores y le preguntó

—¿Qué te parece Streblow?

—Ganará la carrera el domingo. Entre todos nosotros el único que puede hacerle frente es el mejicano, y aun a éste le será difícil.

—No te preocupes Banz — le respondió el otro guiñando significativamente un ojo —; yo calmaré a Streblow con unas cuantas monedas.

Streblow que había terminado su entrenamiento, se apeó de la máquina y al mismo tiempo se le acercó Gina diciéndole:

—Basta de correr, señor Streblow... ¿Quiere ser mi invitado esta noche?

—Con mucho gusto aceptaría—respondió el simpático corredor —, pero precisamente tengo compromiso.

Gina sonrió coquetamente y mirándolo fijamente volvió a decirle:

—¿Es acaso más guapa que yo?

—No he dicho eso, señorita... Procuraré concederle media hora esta noche.

—Gracias, Willy — respondió Gina, llamándole confiadamente por su nombre—. Le espero esta noche en nuestra fiesta.

Se alejó la joven y Willy se fué al departamento de duchas donde ya estaban otros compañeros duchándose. Entre todos ellos reinaba la más franca camaradería y entre bromas y risas reforzaron sus nervios con el agua fría, que les dió otra vez la elasticidad

perdida por el cansancio producido por el entrenamiento.

Poco después, Streblow se dirigía en busca de la que desde hacía mucho tiempo era dueña de su corazón. Se trataba de una preciosa muchacha, dependiente en una casa de guantes e hija de un pobre fabricante de bicicletas llamado Spengler. La pequeña Hanni, que así se llamaba la muchacha tenía una confianza ciega en el triunfo de su novio, y a pesar de la oposición de su padre a que tuviera relaciones con un corredor de bicicletas, ella seguía amándole cada día más.

Cuando llegó Willy a la tienda de guantes se dirigió directamente hacia donde estaba su novia, y una muchacha al verlo le dijo a Hanni:

—Ahí tienes a tu novio.

Aquella se apresuró a ir donde estaba y para evitar que la inspectora de ventas se diera cuenta le preguntó en voz alta:

—¿Qué desea?

—Quisiera unos guantes—respondió en el mismo tono de voz Streblow. Y al darse ella cuenta de que la inspectora se había marchado, mientras fingía ponerle unos guantes le preguntó:

—¿Tienes algo que decirme, Willy?

Algo formidable, Hanni, he batido el record en la pista y el domingo ganaré la Copa de Oro.



Quisiera unos guantes...

—¡Qué alegría!—exclamó la muchacha entusiasmada—. Cuando papá se entere de que ganas con su marca y que le harás célebre, ya verás...

—Sí, pero me faltan dos ruedas de recambio y no tengo dinero.

—¿Qué cuestan esas ruedas?—le preguntó Hanni.

—Noventa marcos—respondió Streblow en voz baja.

Hanni guardó silencio durante unos segundos y al fin le contestó:

—Yo veré si me los prestan para dártelos.

—Eso de ninguna forma—se apresuró a decirle el joven corredor—. Iré a ver a tu padre, para que me las fíe.

—No conseguirás nada. Ya sabes como es papá. No quiere que su yerno sea corredor.

—Lo probaré ahora mismo—terminó diciéndole su novio, a la vez que se despedía de ella, viendo que se acercaba la inspectora.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

Precio:
UNA pta.

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

SEGUNDA PARTE

El señor Spengler, era, a pesar de denotar tener mal genio, un hombre que en el fondo no sabía ver una desgracia sin enternecerse. Adoraba en sus dos hijos al pequeño Franz, muchacho de unos nueve años, gran admirador de Streblow y a Hanni.

Terminaba de despachar un cliente, cuando entró Willy diciéndole:

—Hola, Spengler.

Este volvió la cabeza y al ver de quien se trataba, le dijo:

—Hola, muchacho. Hace tiempo que no se te ve.

—Me estoy entrenando y el domingo pienso ganar la Copa de Oro.

Spengler sonrió burlonamente y respondió, dudando de aquella victoria:

—Si pudieras correr con la lengua, hace tiempo que habrías ganado ya.

—Pues lo que es esta vez no falla—respondió Streblow—. Pero me hacen falta dos ruedas de recambio.

—Pues dame noventa marcos y te las entregaré.

Willy miró fijamente a su futuro suegro y para ver si conseguía excitar su amor propio, le dijo:

—¡Lástima!... En casa de Stern me las darán gratuitas... ¡Y eso que no va a ser mi suegro!

—Yo no aspiro a tener por yerno a un corredor—contestó inmediatamente Spengler.

—Sí, ya sé que por complacerle tendría que volver a repartir periódicos, precisamente ahora que ellos empiezan a hablar de mí.

—Pues así y todo, ya te he dicho que no te casarás con mi hija.

—Y yo le digo que sí... Ni siquiera tendremos que pedir su permiso.

—No me extrañaría — exclamó el señor Spengler—. Todas las mujeres son iguales. La mía tampoco se preocupó de pedir permiso a su padre.

Y Willy, en vista de que no conseguía que el señor Spengler le fiase las ruedas, salió del taller de su futuro suegro, para ir a esperar a su novia a la salida y darle cuenta

del resultado de su entrevista con su padre.

Mientras tanto, el pequeño Franz intentaba convencer a su padre y le decía:

—Pero, papá, ¿qué hará Willy sin recambios? No está bien abandonarle cuando va a ganar el campeonato.

—¡No te metas tú en estas cosas! — exclamó de mal humor el padre, cerrando la tienda y marchando hacia el interior de la casa.

Franz aprovechó el momento en que su padre estaba entretenido conectando la radio, para salir quedamente al taller, coger dos ruedas de recambio y, sin que nadie lo viera, se fué con ellas a la casa de Willy. Atravesó el pequeño patio que había ante la puerta de la vivienda del corredor y en la marquesina que había en la puerta dejó las dos ruedas, para que Willy las encontrase al llegar.

Poco después llegaban Streblow y su novia y ésta, en vista de lo que le había dicho Willy de que iría a recoger las ruedas a casa de Stern, le dijo:

—¿No decías que no querías saber nada de los Stern?

—Los recambios tienen la culpa—respondió Willy—. Si tu padre me los hubiera prestado...

—No vayas, Willy — le suplicó la muchacha—. Quieren seducirte para que firmes un

mal contrato... Conozco a los Stern y sé lo que ambicionan.

—Cálmate — replicó Willy —, volveré dentro de una hora.

Streblow entró a su casa, acompañado de Hanni y mientras ella esperaba en una habitación contigua, Willy se vistió lo más elegante que pudo y se fué a casa de los Stern, quedando Hanni en casa esperándolo, en compañía de la madre del muchacho.

Al ver la buena mujer la tristeza de la joven, procuró animarla y le dijo:

—No debes ponerte así, porque Willy vaya a casa de los Stern... En estos días debemos procurar que se divierta... No hay que rehusar las oportunidades.

—Cuando se tiene novia no se debe hacer eso — respondió la muchacha.

La madre de Willy se la quedó mirando extrañada y le preguntó a su vez:

—¿Y si un hombre rico te pidiese a ti en matrimonio?... ¿Qué harías tú?

—Decirle que no — respondió inmediatamente la muchacha.

—Pues serías una tonta, hija mía — exclamó la madre de Willy — Gina Stern hace tiempo que va detrás de mi hijo... Me lo han dicho muchas veces.

La pobre Hanni sintió una gran desesperanza y al llevarse el pañuelo a los ojos para secarse las lágrimas vió las dos ruedas de re-

cambio por las cuales Willy le dijo que iba a casa de los Stern.

—Yo creí que había ido únicamente por los recambios — expresó la joven — pero veo que no es verdad, puesto que los tiene aquí... No me moveré hasta que venga. Y se sentó junto a la puerta, dispuesta a esperarlo aunque tuviera que estar allí toda la noche.

Mientras tanto en casa de los Stern la fiesta estaba en su mayor apogeo. Willy que había bebido más de la cuenta, se hallaba en un estado de completa inconsciencia, a consecuencia del alcohol y de la coquetería de Gina, que para divertirse con él, no lo había dejado en toda la noche.

Streblow, sin darse cuenta de lo que hacía intentó besar a Gina y ésta escapándose de él, le dijo sonriendo:

—¿Quiere hacer el favor de pedir a la orquesta que repitan el último tango que ha tocado?

Willy se levantó y se fué hacia los músicos al mismo tiempo que Lismann se acercaba a Gina y le reprochaba su conducta diciéndole.

—¿Porque se divierte a costa de ese pobre chico?

—Porque me gusta — respondió la joven riendo.

—Le advierto que está prometido y que no conseguirá nada.



Intentaba sobornar al entrenador...

Gina se encogió de hombros indiferentemente y respondió:

—No me importa... No soy celosa.

Willy en vez de volver al lado de Gina, fué a donde estaba Stern, a quien conocía de hacía mucho tiempo y al verlo tan elegantemente vestido le dijo riendo:

—¡No te pareces ya a aquel aprendiz de la calle de Lans Berel!

—Cuestión de cerebro, audacia y tecnicismo — respondió Stern.

Streblow bebió de un sorbo una copa de champañ y al ver a Gina junto a él intentó cojerla, para seguir bailando. La joven se deshizo del abrazo y le preguntó:

—¿No decía que solamente se quedaría media hora?

—He cambiado de opinión... me quedaré con usted todo el tiempo que sea preciso.

Mientras tanto, en un café de los barrios bajos, Smith, el individuo que estaba de acuerdo con Banz, intentaba sobornar al entrenador de Willy y le decía:

—Te costará poco lo que te pido y además ganarás unos cuantos marcos.

—De ningún modo —respondió el entrenador—. Yo no quiero hacer perder a Willy.

Smith se le quedó mirando burlescamente y al fin le respondió con cierto desprecio.

—¡Eres un imbécil!

—¡Lo prefiero a ser un mal amigo!

—¿Entonces...?

—Pues que no contéis conmigo. Yo no me presto a ninguna clase de "combina".

Y en vista de la cerrada oposición del entrenador salieron de la taberna, pensando que sería inútil seguir insistiendo.

TERCERA PARTE

Cuando volvió Willy a su casa, se encontró a su novia sentada en la puerta y al verle llegar fué hacia él diciéndole.

—Hace cuatro horas que llevo esperándote, Willy.

—No ha sido por mi gusto este retraso — respondió Willy —. Ya sabes que...

—Si, ya sé — le interrumpió Hanni —. La culpa ha sido de los negocios... los recambios... Pero sé que mientes... ¿Me crees tonta?

Y sin poder contener las lágrimas, ni querer demostrarle sus celos, se fué de su lado, mientras que Willy, la llamaba sin poderla hacer volver.

Era tal su estado de inconsciencia en Willy, que al ver irse a su novia, se puso a cantar un

euplet que se había hecho popular en aquellos días y entró a su casa a descansar.

Al día siguiente se presentó en casa de Strebblow el propio Smith y la madre del ciclista llamó a éste diciéndole.

—Sal al comedor que tienes visita.

Al poco rato salió Willy y al verlo Smith le dijo:

—¿Cómo te levantas tan tarde?

—Porque me acosté ayer de madrugada.

—Pues si que es buena preparación para la carrera del domingo. Pero, en fin, vamos a hablar para lo que he venido... Ya sabes que he sido siempre un buen amigo tuyo y no dudarás de mí.

La madre de Willy, al oír tanto preámbulo se encaró con Smith y le dijo:

—¡Suelte usted prenda de una vez, hombre de Dios!

—Pues se trata de que el domingo, Willy llegase en tercer lugar. Se le recompensaría bien...

—¡Imposible! — exclamó Willy —. Si a eso es a lo que has venido, ya puedes tomar la puerta y marcharte. El domingo llegaré yo el primero.

Se levantó indicándole a Smith que se marchara y al quedar solo, su madre lo abrazó diciéndole.

—¡Así se portan los hombres, hijo mío!

Pero Willy, pensaba en lo que había suce-

didó la noche anterior con Hanni y todos sus deseos eran en aquel momento hacer otra vez las paces con ella, para lo cual se marchó inmediatamente al almacén de guantes.

Precisamente aquella mañana, Hanni, enristecida por lo que le había pasado con su novio, a penas si probó bocado cuando era la hora de almorzar y una compañera suya, una tal Donnense, más traviesa que un diablillo, le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada, estoy cansada — respondió Hanni —. Anoche estuve con mi novio y me acosté tarde.

—¿Te divertiste mucho?

—Sí, estuvimos bailando casi toda la noche — respondió Hanni, no queriéndole decir el verdadero motivo de su tristeza.

—Un novio así me gustaría a mí — replicó entusiasmada Donnense. Mas al ver que en los ojos de su amigo brotaban unas lágrimas, exclamó: — Pero... ¿Qué te pasa? Dime la verdad.

Hanni no suyo ya contenerse y le refirió la ruptura que había tenido con Willy, y terminó diciéndole:

—Ya nos veíamos casados... Después de año y medio de relaciones...

—No te afligas — le dijo su compañera —. Ya verás como vuelve por aquí hoy y yo me encargo de darle una lección.

Y en efecto, una hora después aparecía Willy y al ver a su novia corrió inmediatamente a donde estaba para pedirle perdón. Pero Hanni, sin prestarle atención, llamó a su compañera y le dijo:

—Señorita Donnense, ¿quiere hacer el favor de atender al señor?

—¿Qué desea, caballero? — le preguntó la otra dependienta.

—Quisiera hablar con Hanni — expresó Willy.

—Imposible — exclamó la muchacha —. En la casa no se admiten visitas.

Y al ver que se acercaba la inspectora cambió de conversación diciéndole:

—Puedo recomendarle unos guantes baratísimos. Es un saldo que nos queda.

—No se moleste — intervino la inspectora. El señor ya había elegido ayer.

Indicó una marca de guantes y le dijo a Willy:

Ha hecho usted bien en volver; este artículo es nuestra exclusiva, en ninguna otra parte lo habría usted encontrado.

Se los entregó a Donnensen diciéndole:

—Envuélvalos y entréguelos en caja.

Willy, se vió obligado a pagar el importe de aquellos guantes y al ir a salir se acercó otra vez a Hanni y le preguntó entristecido:

—¿No quieres decirme algo agradable?

—Ese artículo se ha terminado — respondió Hanni, sin hacerle caso.

En aquello tardó Willy más de lo que había pensado, por lo que en el velodromo su entrenador esperaba impaciente la llegada, sin comprender la ausencia del ciclista. El pequeño Franz que estaba allí, para verlo correr, le decía al entrenador:

—Me extraña que un hombre tan deportivo como Willy todavía no esté aquí.

En otro grupo, Banz hablaba con Smith y le decía:

—¿Cómo va el asunto Streblov?

—No te preocupes — respondió Smith —. Creo que todo se arreglará. En este asunto tú facilitas las piernas y yo el cerebro.

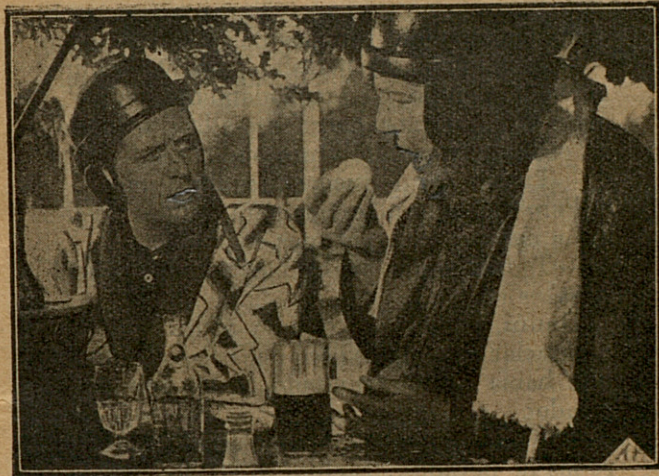
Willy al ver a Franz allí, le dijo lo que le había pasado con su hermana y el pequeño le respondió:

—No te preocupes. Yo diré a Hanni que a las 8 y media vaya hoy a tu casa.

Se dispuso Willy para el entrenamiento y su motorista le refirió la conversación que había tenido la noche anterior con Smith y terminó diciéndole:

—No te importe lo que él pueda hacer... Si tú corres como hasta ahora, trabajo le vamos a dar.

Empezaron a correr, y aquella noche cuando Hanni vino de la tienda su hermano le dijo:



— Creo que todo se arreglará.

—¿No has ido a casa de Willy?

—No pienso ir más — respondió la joven.

—Pues no haces bien — reprochó su hermanito —. Willy es un buen muchacho que te quiere.

Mas la conversación quedó interrumpida por la llegada de su padre, que exclamó indignado:

—¡Faltan dos ruedas en el almacén!

Hanni lo miró extrañada y le preguntó ingenuamente:

—¿Quién pudo robarlas?

—Pues quien las necesita para el domingo — respondió intencionadamente.

Su hija, no quiso hacer caso a la alusión de su padre y respondió bromeando:

—Tratándose de ruedas... se irían solas.

Pero Spengler no estaba para bromas y volvió a decirle, cada vez más exaltado:

—Te consta que me las han robado... Bien lo sabes tú.

Hanni, para evitar que su padre pudiera denunciar a su novio sacó del bolso el dinero que había pedido prestado, y le dijo sonriendo:

Creí que sabías que Willy las necesitaba y se las he llevado... Incluso se las he cobrado. Aquí tienes el dinero.

Pero Franz, también había hecho lo propio, es decir, que había entrado en su cuarto y había roto la hucha y con los noventa marcos en calderilla volvió a donde estaba su padre diciéndole:

—Esas ruedas, papá, las he vendido a Willy y como las he vendido yo, aquí te traigo el dinero.

Arrojó sobre la mesa todo el puñado de calderilla que traía y su padre mirando fijamente a Hanni, le dijo:

—Yo no quería tener por yerno a un ciclista, pero si quieres, puedes casarte con un ladrón.

Y sin querer sostener más polémica con la muchacha, se metió en su casa, dejando a Hanni, que interiormente lloraba desconsolada la falta cometida por su novio.

Willy al ver las ruedas de recambio, sonrió creyendo que las habría llevado Hanni y por lo mismo, sin ningún reparo empezó a mostrarlas, para tenerlas preparadas al día siguiente que era el señalado para la carrera.

Cuando vio llegar a la muchacha corrió a su encuentro diciéndole cariñoso:

—¿Sigues enfadada por lo de ayer?

Pero Hanni que había visto las ruedas, le preguntó a su vez:

—Willy dime la verdad... ¿De dónde has sacado las ruedas?

—¿Yo creí que habías sido tú la que las habías traído? Cuando llegué estaban aquí.

—Pero tú sabes que se las han robado a papá — le dijo la muchacha con verdadera pena, pensando que su novio pudiera haber cometido aquella mala acción.

—¿No supondrá el viejo que haya sido yo? — preguntó sonriendo el joven.

—El lo supone todo — exclamó Hanni —. Si me quieres un poco, dime la verdad, Willy.

Este miró a su novia y al ver en ella un gesto de duda sobre su honradez, exclamó molesto:

—Tú... también...

Ella bajó la cabeza, sin fuerzas para res-

ponder y Willy, impulsado por su honradez y la tristeza que le causaba verse acusado por Hanni, cogió las ruedas se las entregó y le dijo:

—Aquí las tienes... Adiós.

Suavemente la llevó hasta la puerta y al pretender la muchach adisculparse, la cerró violentamente.

No deie de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas.

CUARTA PARTE

Al día siguiente, Willy fué a casa de Gina para pedirle protección y ésta se prestó para cuanto le hiciera falta, consiguiendo de aquella forma estar preparado para la carrera de aquella tarde.

Por otra parte Smith había conseguido la complicidad de un tal Rodríguez, el encargado del corredor mejicano, para que éste se dejara vencer por Banz y lo único que le faltaba era convencer a Streblow, cosa que le parecía difícil. El mismo Banz se encargó de ello y le dijo:

—Yo sé Willy que tú te mereces el primer puesto, pero debes dejármelo.

—Gánalo — respondió Willy.

—Bien sabes que no puede ser. Pero si tú

quisieras podría conseguirlo y con la victoria lograría un ventajoso contrato. Tengo hijos y he de procurar por ellos... Hazlo por los pequeños.

Aquella súplica enterneció a Willy, que terminó diciéndole:

—¡Hecho! Por mi parte ganarás tú... Pero no quiero ninguna recompensa.

Poco después, el velodromo ofrecía un aspecto deslumbrante. Cuantos se interesaban por el fomento del ciclismo estaban allí y los únicos que faltaban eran Hanni y Franz. Aquella no quería ir, en vista de la ruptura que había tenido con su novio. El pequeño adivinando lo que pasaba por el interior de su hermana, confesó la verdad, sin importarle la paliza que pudiera darle su padre y le dijo a éste:

—Papá, Willy no robó las ruedas.

—¿Quién fué entonces? — preguntó el fabricante de bicicletas.

El chico bajó la cabeza y respondió:

—Fuí yo... No quería decirte nada, pero ya no puedo callarlo más tiempo. Hanni, sintió como si le hubieran quitado un gran peso de encima y experimentó el deseo de ir al velodromo para presenciar la carrera y hacerse perdonar por su novio.

Padre e hijos se fueron hacia allí, mientras que los preparativos de la primera carrera se realizaban matemáticamente.



Ten la confianza de que vencerá...

Siguiendo las instrucciones que cada uno tenía, Willy dejó paso a Banz, mientras que el mejicano apretaba en la primera vuelta para dejarse ganar en la segunda.

Los antiguos compañeros de Willy también había acudido y las voces animándolo resonaban en todo el velodromo, haciéndole más penosa al pobre muchacho el pensamiento de la derrota que le esperaba por propia voluntad.

Terminó la primera vuelta y en el cuarto de masajes Willy le preguntó a Smith:

—No me engañes y dime la verdad. ¿El mejicano está dispuesto a perder?

—Si — respondió Smith —. Rodríguez me ha dado su palabra.

—Es que yo me fío muy poco de la palabra de Rodríguez y no quiero que nos quite el campeonato un extranjero.

—Ten la confianza de que vencerá Banz.

Willy se conformó con aquella explicación, pero cuando empezó la segunda carrera entró en el velodromo, el representante de Méjico y esto hizo que Rodríguez olvidara su promesa y le dijera a su corredor.

—¡Aprieta, que ha llegado nuestro representante!

El corredor se envalentonó y forzó la marcha tras la moto. Smith que había oído lo que decía Rodríguez corrió a su lado diciéndole indignado:

—No se puede tratar con hombres como tú... Es indigno hacer una combina con gente que no tienen honradez... ¿No hemos quedado que gane Banz?... ¿Por qué quieres hacer trampa ahora?

—¡Es que ha venido nuestro representante — exclamó Rodríguez.

—Pues yo te daré una lección ahora — respondió Smith. Y al pasar junto a él Willy le gritó:

—¡Duro Willy!... ¡Gana tú la carrera!... ¡Aprieta para vencer a ese indiano!

Al oír aquella orden, Willy le gritó a su motorista:

—Aprieta todo lo que puedas... ¡Venga, aprieta!

La lucha se hizo imponente desde aquel instante. Willy iba ganando terreno palmo a palmo y por más que se esforzaba el mejicano no conseguía mantener la distancia. No tardó en estar casi a su lado y las exclamaciones de alegría por la victoria que se vislumbraba del corredor nacional atronaban el velodromo. Willy sin desmayar, sin despegarse de la rueda de la moto, seguía avanzando, hasta que finalmente adelantó a su rival y un "¡Hurra!" general se oyó en todas partes. Minutos después, Willy en una carrera estupenda quedaba declarado campeón y se le concedía la Copa de Oro.

Hanni y Franz sin poderse contener corrieron a su lado y hasta el mismo Spengler saltó a la pista y fué a abrazar al muchacho.

Mientras lo conducían en brazos, para dar la vuelta por el velodromo, Spengler iba delante abriendo paso y saludando a todo el mundo, como si el que hubiese ganado hubiera sido él.

Al pasar junto al palco ocupado por Gina y su padre, Lissmann se adelantó a él y le dijo:

—Willy, tengo el honor de anunciarle que

la casa Stern le firma el contrato por tres años en las condiciones que usted quiera.

—Pues entonces empiece anotando la primera cláusula.

El padre de Hanni se le quedó mirando angustiosamente. Ya se había hecho a la idea de que seguiría corriendo por su marca y las palabras del joven, terminaron por desilusionarlo. Mas al empezar a escribir Lissamann, Willy le dijo:

—Anote que yo voy a firmar un contrato para la vida entera con la casa... Spengler... si es que él me quiere.

—Ya lo creo que si — exclamó el viejo —. ¡Ahora mismo os vais a casar!

Y los dos jóvenes riendo de la ocurrencia y de las prisas del viejo se sentían felices, al ver que la victoria y la reconciliación habían llegado al mismo tiempo.

FIN

EL SIGNO DE LA CRUZ

EN EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

La más antigua novela cinematográfica

La novela que
conmueve al
mundo, basa-
da en la gran-
diosa y magna
producción
PARAMOUNT



Nos m
una e
sin riv
la his
del m
por su

llantez, esplendor, pompa, magnificencia... y
bién por su barbarie satánica. La opulencia
Roma de Nerón. La fé triunfante de la idea
tiana. La miseria más cruel azotando al m

CREACIÓN GENIAL
DE LOS ARTISTAS

FREDERICH MARCH - ELISA LANDI
CLAUDETTE COLBERT - CHARLES LAUGHTON
IAN KEITH - STELLE TAYLOR